

Anexo II

Fútbol, ritual de multitudes: crónica etnográfica de una pasión

Por *Lucrecia Ametrano*

Consideraciones iniciales

Siempre he disfrutado del fútbol, desde pequeña, quizás porque significaba compartir con mi padre toda una tarde de domingo en un espacio novedoso y amistoso para una niña de nueve años.

Años más tarde, ya madre de tres varones, los inicié en este ritual que nos hizo saltar juntos en los tablonces de madera.

En 1995, me encontraba realizando un curso de posgrado sobre comunicación y ritualidad¹ y asistiendo fervorosamente a los partidos de mi equipo, Estudiantes de La Plata, que por ese entonces se encontraba peleando el ascenso a

1 "La construcción social del ritual en los procesos de comunicación", seminario de posgrado válido para el doctorado, dictado por la Dra. Carol Robertson. Instituto Nacional de Antropología de la Universidad de Buenos Aires, Abril-Julio de 1995.

la primera división, después de haber descendido a la segunda en 1994. Aquel año, por otra parte, el otro equipo emblema de la ciudad, Gimnasia y Esgrima La Plata, desarrolló una campaña extraordinaria que lo convertiría en subcampeón del Torneo Clausura. Esto hizo que durante ese tiempo la ciudad se vistiera alternadamente de rojo y blanco y de azul y blanco,² y se viera atravesada por charlas, bromas y discusiones fervorosas entre semana, de acuerdo a la *performan*ce de cada equipo en los ritos (partidos) del fin de semana.

Entre la lectura propuesta en el curso y mi pasión futbolera, una tarde me encontré gritando goles, pero también reconociendo una actividad –que para ese entonces únicamente la había transitado desde la emoción– que encontraba plagada de símbolos, conductas rituales, comunicaciones –no solamente verbales–, música y cánticos como lenguaje privilegiado, y sobre todo un grupo de *feligreses* que cambiamos por un tiempo nuestra cotidianidad.

Desde mi disciplina, la antropología, ya Eduardo Archetti había avizorado estos fenómenos y fue referente obligado de aquellos que años más tarde fueron constituyendo el campo de los estudios del deporte. Por otra parte, las líneas abiertas por los estudios culturales permitían pensar los fenómenos sociales desde otras perspectivas. Dentro de este contexto, elaboré mi trabajo final del seminario centrándome en el fútbol y las ritualidades.

2 Colores emblemas de Estudiantes de La Plata y de Gimnasia y Esgrima La Plata, respectivamente.

Las reflexiones que siguen a continuación recuperan las notas etnográficas de aquel momento con el fin de producir un material para los alumnos que transitan nuestra materia, a partir del cual puedan recuperar la mirada de un fenómeno cotidiano, problematizándolo a través de una categoría analítica –el *ritual*–.

Fútbol-sentimiento. Fútbol-espectáculo. Fútbol-mercancía. Fútbol-ceremonia. A todos estos aspectos y a algunos más nos remite esta práctica deportiva. Pero de ellas me centraré en aquellas expresiones que nos aproximan, *prima facie*, a la ritualidad.

Aquí nos remitiremos al fútbol como ceremonia-acontecimiento que irrumpe en la cotidianidad de sus participantes una vez a la semana, pero que deja sus huellas (en forma diferencial) durante el resto de la misma: se dice que en nuestro país se habla de lunes a miércoles del partido pasado y del jueves al sábado del partido por venir.

Aun cuando el calendario se ha visto últimamente modificado por las exigencias mercantiles de este deporte, lo que ha llevado a una intensificación de los partidos, sigue siendo el domingo cuando la mayoría de los feligreses concurre a la ceremonia. Es por excelencia el día dedicado al culto.

El fútbol es un sentimiento. Frase con la cual se rematan muchas de las explicaciones que tratan de dar cuenta de este fenómeno particular. Los hinchas así lo expresan: “Ser del pincha *es un sentimiento*, no se explica, se lleva bien adentro” (extracto del cántico de una hinchada).

Cuando nos referimos a la dimensión de los rituales, no estamos hablando de las rutinas repetitivas y codificadas de

la vida cotidiana, sino de situaciones especiales, *extra-ordinarias* (reconocidas como tales por los sujetos), que cumplen con algunas características. El análisis del ritual estuvo, en su origen, ligado a la reflexión sobre las categorías y prácticas de la magia y la religión (consideradas privativas de las sociedades primitivas y tradicionales), poniéndolas en relación con los valores y estructuras de una sociedad y oponiéndolas, cuando las interpretaciones se realizaban en términos evolutivos, a las representaciones y las prácticas de las sociedades modernas, en particular a la ciencia, a la que se consideró como el punto más alto del dominio del pensamiento y acción puramente secular y racional. A partir de los años sesenta, sin embargo, el ritual comienza a ser seriamente considerado también como parte de lo laico, como perteneciente igualmente al dominio de lo secular. Algunos autores actuales son ejemplo de aplicación de este concepto a las sociedades modernas, utilizando una interpretación que trasciende las fronteras teóricamente rígidas entre lo sagrado y lo secular. Tal es el caso de Roberto DaMatta (1990), quien, partiendo de cuestionar la diversidad de adjetivaciones y compartimentaciones del ritual (los hay *sagrados*, también *profanos*, tales como los deportivos, civiles, militares, académicos, etcétera), señala que el mismo respondería en cierto sentido a distintas esferas del mundo social, dado que toda la vida social está fundada en convenciones y símbolos.

Para Victor Turner (1988), el ritual aparece marcado por la oposición entre los estados que denomina *estructura* y *communitas*. La *communitas* configura momentos especiales en los que el sujeto social se transforma en sujeto ritual, desplazándose de las categorías sociales cotidianas y esta-

bleciendo reglas especiales en cuanto parte de una común/unidad. La teoría de Turner pone el acento en el aspecto simbólico del ritual. Los símbolos rituales son entidades dinámicas que se dan en un contexto de acción y que tienen una estructura y unas propiedades determinadas.

Otro de los conceptos desarrollados por este autor en relación a la temática del ritual es el de *performance*. Según Turner (1986), hay situaciones de “drama social” en que la sociedad expresa la necesidad de un cambio por medio y desarrollo de una crisis, y la *performance* es la manera de resolver esta situación de dificultad en una forma determinada por las costumbres de la misma sociedad. Con la categoría de “drama social”, el autor refiere a muchas situaciones distintas, tales como protestas políticas, ritos de paso, funerales o bodas. Todas estas demandan atención específica que cambia el *statu quo* de la sociedad, configurándose la *performance* como un tipo de conducta comunicativa en la que los significados, valores y objetivos de una cultura se ponen en acción.

En estas situaciones, afirma Turner, los actores no solo actúan la cultura, sino que también presentan lo que hacen para el consumo del resto de la sociedad, exhiben la cultura para sí mismos y para los otros. Estaríamos, en ese sentido, frente un proceso social mediante el cual determinados actores, individualmente o en conjunto, y ante determinadas coyunturas, exhiben para otros el significado de una situación social.

Marc Augé, a su vez, afirma que la relación ritualizada con el mundo existe no solamente en las sociedades tradicionales, sino que constituye lo social y lo político por excelencia. Su noción de *rito* se aparta de las concepciones clásicas y estrictas que definen al ritual como “una práctica en tiempo

y espacio” para referirlo a toda “puesta en obra de un dispositivo con finalidad simbólica que construye identidades relativas a través de las identidades mediadoras” (1995: 88).

Este antropólogo propone llamar “dispositivo ritual extendido” a los efectos no inmediatos del ritual. Con esta noción, Augé piensa en el ritual como un espacio material con efectos mensurables. “La noción de dispositivo ritual extendido es inseparable de otra noción, la presentación del mundo como espectáculo escenificado; ambas nociones son dos características de nuestra contemporaneidad” (1995: 92).

El ritual podría ser definido entonces como una acción compleja en la que confluyen movimientos, palabras, gestos, objetos, los cuales, dentro de un determinado sistema cultural, instituyen un orden simbólico que permite establecer valores y relaciones sociales.

Su ejecución presenta características particulares que orientan a los participantes en la práctica del mismo: marco espaciotemporal específico, escenario programado que se repite periódicamente a lo largo de un tiempo que puede ser cíclico, existencia de un orden o secuencia determinados, manipulación de objetos que apunta hacia una eficacia simbólica, puesta en acto de secuencias de acciones corporales definidas socialmente de forma más o menos estricta, procesos de comunicación y relaciones con el tiempo y el espacio que incorporan experimentación y trascienden la percepción cotidiana de los mismos.

Asimismo, Turner (1988) plantea que en el transcurso del ritual es posible instaurar una “antiestructura”: una estructura liberada de las jerarquías ordinarias y en la cual estas pueden verse alteradas o incluso invertidas. En estas

situaciones se generaría lo que el autor denomina como *communitas* (en el sentido de comunidad, camaradería, igualitarismo o incluso comunión, sin estructuras o rudimentariamente estructurada y relativamente indiferenciada, de individuos iguales que se someten a la autoridad genérica de los que controlan el ritual), subrayando la distinción entre ambas dimensiones (estructura y antiestructura), la primera marcada por la jerarquización y las diferenciaciones sociales, y la segunda caracterizada por la destrucción de esas jerarquías (por ejemplo, el caso del carnaval en Brasil).

Los componentes centrales del proceso ritual son los símbolos rituales, considerados como “la unidad más pequeña del ritual que todavía conserva las propiedades específicas de la conducta ritual” (por ejemplo, el agua en el bautismo). En el plano empírico, los símbolos hacen referencia concreta a objetos, actividades, relaciones, acontecimientos, gestos y unidades espaciales en un contexto ritual. A su vez, y en tanto condensación de fuerzas, instigan a personas y grupos a la acción social (símbolos patrios, pañuelos blancos de las Madres de Plaza de Mayo, colores en los equipos de fútbol).

En términos generales, los rituales tienen tal eficacia social que acompañan al integrante de conjuntos sociales durante su vida. En palabras de Edmund Leach (1981), las ceremonias rituales se ocupan de movimientos a través de los límites sociales: de un estatus social a otro, de hombre vivo a antepasado muerto, de soltera a esposa, de enfermo y contaminado a sano y limpio, etcétera.

Por su parte, Arnold van Gennep (1986) sostiene que la vida del individuo en cualquier sociedad es una serie de

transiciones de un estado a otro, y las principales son las crisis vitales (nacimiento, pubertad, matrimonio y muerte). Este autor identifica tres fases que –con variaciones dependientes del ritual específico y de la sociedad en la cual se desarrolla– se cumplirían en la mayoría de los rituales –al menos en aquellos claramente de transición–:

- Fase *preliminar*, de preparación o separación: está formada por una serie de ceremonias de carácter purificador que preparan al sujeto para iniciar el tránsito hacia otro estado diferente. Expresan la renuncia, por parte del iniciado, a su antiguo estatus.
- Fase *liminal*: constituye el rito de transición propiamente dicho. Expresa el hecho de que por el momento se está aislado/suspendido de la vida normal de la comunidad. Puede considerarse como una muerte simbólica para el nacimiento a una nueva vida social. La situación del sujeto es ambigua (en esta fase se produciría la situación de *communitas*).
- Fase *postliminal* o de integración: expresa la aceptación del nuevo estatus. Se levantan las restricciones impuestas anteriormente y es frecuente encontrar elementos de comensalidad (comidas o festejos comunitarios). El sujeto ritual, ya sea individual o colectivo, se halla de nuevo en un estado relativamente estable y, en virtud de ello, tiene derechos y obligaciones.

El fútbol y sus ritualidades

En nuestras sociedades, el fútbol se inscribe dentro de las actividades que se realizan en el campo del ocio, como producto de la escisión en las sociedades posagrarias de la esfera del trabajo y de la esfera del ocio o tiempo libre, a diferencia de las sociedades tribales, en las que ambas forman parte de un mismo devenir.

Tal como plantea Martine Segalen:

En las sociedades denominadas por comodidad “tradicionales”, el trabajo y el no-trabajo no se diferencian como en las sociedades modernas: lo que actualmente pertenece a la categoría del deporte, el ocio, el juego, estaba integrado en las actividades sociales del grupo y revestía funciones plurales. Por ejemplo, entre los indígenas de América del Norte, las carreras a pie marcaban las etapas de la pubertad, o estaban asociadas a algunos rituales mortuorios [...]. Algunos campos pertenecientes al no-trabajo, liberados de su aspecto utilitarista, constituyen actualmente una reserva de rituales para nuestras sociedades modernas. Actividades colectivas de fuerte intensidad emocional, que unen al tiempo que dividen e instituyen, la caza, el fútbol, los maratones populares –por tomar sólo unos ejemplos– llenan el espacio contemporáneo de signos rituales, ofrecen válvulas para las rígidas exigencias cotidianas, abren campos de integración y ofrecen a nuestro imaginario un escape para sus simbolizaciones. (Segalen, 2005: 75)

Es así que el ritual tomará características diferentes en nuestra sociedad, pero por ser ritual conservará también algunas que lo emparentan con los producidos en las sociedades tribales. El fútbol es uno de los géneros del ocio que da la posibilidad de entrar transitoriamente en un mundo simbólico diferente: nos permite crear, jugar con palabras (cánticos), pinturas (máscaras, grafitis). A través de él, los que participan se sacuden las imposiciones sociales, la rutina, las frustraciones; el tiempo libre y las actividades que en él se inscriben permiten ejercitar nuestra libertad.

De acuerdo a Turner:

Así como cuando los hombres tribales hacen máscaras, se disfrazan de monstruos, apelan a disparatados símbolos rituales, invierten o parodian la realidad profana en mitos y cuentos folclóricos, lo mismo hacen los géneros del ocio industrial: teatro, poesía, novela, ballet, film, deportes, música, arte, etc. Juegan con los elementos de la cultura, a veces acomodándolos en forma grotesca, azarosa, improbable, sorpresiva, generalmente, combinaciones experimentales. (Turner, 1986: 68)

En esta recombinação creativa de los factores de la cultura es donde, en las sociedades modernas, aparecen o bien rituales que reafirman el *statu quo* de la sociedad –a los cuales Turner les da características de liminales–, o bien aquellos que irrumpen en el orden, que lo subvierten –a los que el autor incluye dentro de lo que llama *liminoide*, un campo de

creación independiente, centrado en individuos o grupos particulares, pero que pueden influir en el comportamiento de la sociedad—. El fútbol se inscribiría en los primeros, aunque con personajes o momentos *liminoide*.

Pensando a su vez en el concepto de *communitas*, podemos ver cómo se hace presente, en este deporte, una *communitas* que hermana más allá de la ceremonia semanal (descubrir en cualquier circunstancia a un hincha de mi club crea un sentimiento de conocimiento previo que rompe una barrera). La misma se agranda o se achica de acuerdo a las situaciones a las que haga referencia. En algún momento se restringirá a un espacio local, en otros excederá el campo y abarcará a toda la nación –por ejemplo, en los mundiales—. La *communitas* hermana, une por encima y más allá de cualquier lazo social formal. Se establece una relación directa entre individuos concretos despojados momentáneamente de sus roles sociales específicos, compartiendo el evento de manera sincronizada. La *communitas* se produce en estados liminales, ya que es ese el momento en que el individuo entra en un campo del *todo vale*. Como el entretiempo del fútbol, la liminalidad es un entretiempo de lo cotidiano, en el que el pasado se suspende momentáneamente y el futuro aún no ha comenzado, un instante de pura potencialidad. Instante que muchas veces se prolonga más allá del acontecimiento y que resuena en la rutina del individuo.

El fútbol guarda relación con los ritos calendáricos: año tras año se suceden los campeonatos, que incluso en sus comienzos –modificado hoy– estaban regulados por la llegada del otoño como fecha de iniciación y la del verano como de finalización. Durante ese período, se vive el tiempo del *gran tiempo*.

Y se inicia el rito³

Domingo a la tarde en la ciudad de La Plata, algo interrumpe la calma del descanso semanal. Hoy más que nunca es el *gran día* para el Lobo, después de 108 años. Hoy se encuentra frente a la posibilidad de ser campeón, circunstancia a la que se ha enfrentado anteriormente, pero que nunca ha concretado.

Desde temprano, la ciudad muestra a cada paso las marcas del acontecimiento: carteles que reflejan la antinomia con el otro equipo local, por un lado, y la preparación del festejo final, por el otro; en los semáforos más concurridos, nadie vende ositos de peluche ni juegos de destornilladores, sino banderas combinando los colores azul y blanco. Los medios colaboran a *calentar el ambiente* con sus titulares y sus crónicas: “A 90 minutos de la hazaña”, “Un plantel dispuesto a todo”, “Gimnasia a una hora y media de abrazarse a la gloria”, “Y las postales de este domingo son fácilmente imaginables: una ciudad con el pulso alterado, un almuerzo más apurado que nunca, caravanas de hinchas confluyendo sobre el Bosque, un estadio colmado, miles de banderas azules y blancas, millones de papelitos viajando por el aire, gargantas totalmente disfónicas y noventa minutos de tensión, incertidumbre” (fragmento extraído del diario *El Día*, 25 de junio de 1995).

3 Notas de campo realizadas por la autora el día del desarrollo del partido que disputó Gimnasia y Esgrima La Plata contra Independiente de Avellaneda en el Torneo Clausura del año 1995, en el cual culminó siendo subcampeón,

Toda la ciudad está expectante, incluso los pinchas (denominación que hace referencia al club Estudiantes de La Plata), oscilando entre apoyar al rival en favor de una identidad platense y esperar que el resultado sea la derrota de su histórico enemigo.

El encuentro está programado para las 18:00, pero desde la mañana los alrededores del estadio empiezan a recibir a los seguidores y a vendedores de la parafernalia que acompañará la ceremonia: bandera, gorritos, máscaras, remeras, cornetas, pulsera, relojes.

Se evidencia que el acontecimiento está presente en cada rincón de la ciudad porque aquellas marcas más difusas lejos del escenario principal se convierten en huellas visibles al acercarnos.

Finalmente, el estadio: el gran escenario, el centro del universo, el ombligo del mundo. Las tribunas forman un marco perfecto para el campo de juego. Las banderas van reforzando los límites: se las pone en lo alto de las gradas, pero también alrededor de la alambrada que separa las tribunas, desde la parte más alta a la más baja. En la tribuna de los barrabravas se exhibe, a manera de trofeo, una grande, formada por la unión de las insignias de los equipos derrotados. Las banderas, a la vez que enmarcan el espacio ritual de

mientras que San Lorenzo de Almagro se coronó campeón. El equipo platense llegaba puntero a este partido realizado el 25 de junio, correspondiente a la última fecha, en la que se definía el campeonato. En simultáneo al partido en la ciudad de La Plata, se llevaba a cabo en Rosario el encuentro entre San Lorenzo y Rosario Central.

la ceremonia, lo sacralizan, lo consagran. Los grandes bombos y tambores van marcando el ritmo de las canciones, que lentamente se van encarnando en la piel de los participantes, contribuyendo a tejer la sutil trama que unirá los miles de cuerpos en uno solo: “Vení, vení, cantá conmigo, que un amigo vas a encontrar, que de la mano de Timoteo toda la vuelta vamos a dar” o “Dale, Lobo. Dale, Lobo”. Este último canto envuelve todo el estadio con un abrazo que hermana a través de la voz a cada uno de los feligreses expectantes. Las tribunas se van poblando de *extraños* personajes: hombres de edad mayor con pelucas de los colores emblemáticos, otros con máscaras de distinta hechura que muestran la creatividad de sus portadores y que plasman, en distintos materiales, la figura zoológica totémica del equipo –el lobo–. Máscaras que se interponen entre el ser histórico y social y el ser simbólico e individual. También hay rostros pintados con los colores representativos, desde las simples rayas hasta elaborados diseños complementados con el pelo teñido.

En el fútbol, el lenguaje corporal adquiere una significación particular: todo mi cuerpo *habla* reemplazando las palabras. El gesto se impone en el diálogo (con mi desconocido histórico pero *hermano ritual* me comunico con la mirada, el abrazo, el gesto).

Por allí también desfila un dinosaurio llamado Timo, en referencia al director técnico del equipo de Gimnasia, pero que a su vez hace presente en el estadio al otro equipo que está peleando la punta: este muñeco es la copia fiel de uno que aparece en un popular programa de televisión, cuyo conductor, Marcelo Tinelli, es un hincha confeso de San Lorenzo. Al no estar presente el rival –San Lorenzo juega su partido en

la ciudad de Rosario—, la competencia con el mismo se desarrolla en un plano simbólico. La presencia del dinosaurio Timo representa la condensación multivocal de los símbolos, ya que, por un lado, con su nombre se homenajea al entrenador del equipo (que es un hombre de edad madura), pero también despierta el siguiente cántico con obvias referencias hacia la masculinidad del conductor mencionado y, por ende, del equipo que representa: “Bernardo se la come, Tinelli se la da” (las expresiones del canto son las usadas en forma elíptica para referirse a los homosexuales).

Previamente a la iniciación del partido, aparece en escena un personaje que oficia de *sacerdote*, el cual va recorriendo las tribunas y repartiendo bendiciones. Su origen es reciente y tiene que ver con la particular campaña desarrollada por el equipo durante el presente campeonato. Este señor tiene un programa de televisión por cable dedicado a este club. En los primeros encuentros, al ser reconocido por los espectadores, comenzó en forma de juego a bendecir con su lapicera a las tribunas, el campo de juego, los arcos. A medida que pasaban los partidos y el equipo continuaba con sus triunfos, este personaje fue siendo investido por el público y por sí mismo como *sacerdote*. Ya en el día del último partido, su atuendo y actitud son la réplica exacta del mismo (traje oscuro, bufanda con los colores albiazules cayendo a los lados del traje a modo de estola, una agenda que porta como libro sagrado en una de sus manos y una lapicera en la otra). Por su parte, los simpatizantes se acercan esperando la bendición particular, tocarlo.

Todo esto transcurre a los alrededores del campo de juego, el cual se halla separado de las tribunas por una gran

alambrada. Allá está el proscenio donde se desarrollará la *batalla*, el juego. La cancha es un amplio rectángulo de grama verde, a la cual los clubes le prestan especial atención: terrenos bien sembrados y drenados.

El caos impera sobre el orden. Bombas de estruendo, luces de bengala que tiñen de color el espacio, miles de banderas que se agitan. Una cortina de humo lentamente va tejiendo una telaraña que atrapa a los públicos, los actores, el escenario. Un sonido sordo, acompasado, guía a las siluetas fantasmagóricas que insuflan un *aliento vital* a los once guerreros. El campo una vez más ha sido consagrado. De a poco el humo se va disipando (el *telón* del escenario principal se corre) y allí están los oficiantes, los encargados de reestablecer el *orden primordial*.

Siguiendo una formación preestablecida, han hecho su entrada: primero, el árbitro y los jueces de línea; luego, los jugadores; y, por último, el director técnico con su equipo de ayudantes (médicos, preparador físico, jugadores suplentes).

El árbitro

Él representa la ley, es el intermediario de los dioses. El sumo sacerdote que dirige la ceremonia. Su entrada al campo de juego, escoltado por los jueces de línea, quienes colaboran con su tarea, contrasta por su parsimonia y seriedad con los saltos y carreras de los otros protagonistas. Destacándose del fondo multicolor por su vestimenta predominantemente negra, y con la pelota bajo el brazo, se dirige hacia la línea central del campo, a la espera del capitán de

cada equipo. Antes de comenzar su actuación, hablará con ellos sobre el respeto de las reglas y decidirá con *justicia* (a través de un sorteo) quién elige el arco y quién mueve la pelota. El árbitro establece el criterio de realidad en este *juego* entre el caos y el orden. Su palabra es irrefutable; ante la transgresión del reglamento, aplica la ley. Espacio y tiempo, acotados por las reglas del juego, adquieren verdadera concreción cuando lo marca el árbitro. Si la pelota salió de los límites demarcados, no basta con que lo haya hecho, solo la afirmación del juez lo confirmará. Para saber si el gol es válido, aun cuando la pelota haya *besado la red*, hay que observar su fallo.

Su cronómetro puede o no coincidir con el tiempo oficial, ya que él regula el otro tiempo: el *gran tiempo mítico*. Asimismo, la posesión de una señal acústica es otro símbolo de su poder, que se materializa con su silbato, cuyo sonido llega a todo el campo.

El predominio del árbitro sobre los jueces de línea es determinante. Estos se encuentran provistos de banderillas con las que marcan el rompimiento de las reglas, pero las señales visuales quedan siempre abatidas por el vigor y la prepotencia del sonido. El árbitro, como el *sumo sacerdote*, posee características sobrenaturales. No es un *simple* ser humano; si así lo fuera, su *autoridad* estaría permanentemente interpelada.⁴

4 En la actualidad, la inclusión de nuevas tecnologías en el deporte permite vislumbrar una reconfiguración de estos atributos.

La pelota

El esférico, perfecto y blanco, impone el equilibrio entre la policromía de la vestimenta de los jugadores y el acromático atuendo del árbitro. La pelota encierra en sí misma la fascinación del movimiento y la inmovilidad. Nadie puede poseerla en sus manos, a excepción del arquero que, cuando logra atraparla, la exhibe como trofeo y, cuando algún contrincante logra introducirla en el arco, la levanta o la mira atónito, para finalmente, tras una fuerte patada, alejarla de su morada. Ella es el objeto sagrado a ser disputado.

Los jugadores

Ellos son los guerreros principales de este drama. Lo suyo es sudar la camiseta, o, como indica la hinchada, “poner huevos”. Salen de las entrañas de la tierra (los vestuarios se encuentran generalmente en una posición subterránea) o, en su versión más moderna, son expulsados por la Madre Tierra a través del canal de parto plástico (túnel de plástico inflable que se retrae al comenzar el partido). Cual parto múltiple, van naciendo los héroes de la gesta.

Al ingresar al campo, la mayoría toca el suelo y se persigna. Los jugadores corren por todo el cuadrilátero calentando sus músculos, recorren el territorio, miden a su adversario cual toro frente al torero. Su lenguaje es, por excelencia, corporal. Los contactos con los otros jugadores se diferencian según se den con los de su propio equipo o con los del contrincante. Entre los primeros, el estrechamiento completo suele darse

tras el gol: abrazos, besos, revolcones, pasos de baile coreografiados; luego, cada uno regresa a su posición. Con los segundos, en cambio, antes de iniciarse el partido puede darse un apretón de manos entre amigos que revistan en diferentes equipos, pero, ni bien suena la pitada inicial, ese estrechamiento de manos toma otro significado, como saldar la agresividad tras un choque. Durante el partido, el jugador tiene un solo objetivo: vencer al enemigo, y los contactos con él estarán marcados por esta condición.

El número “1” le corresponde al arquero (que a su vez se distingue también por su indumentaria). Este lleva una camiseta de colores brillantes y diseños más libres y espectaculares. Cumple un rol diferenciado: mientras que el resto de los jugadores intercambia la pelota, él la posee. Es el guardián del equipo. Por su parte, a las puertas de los arcos, los defensores le brindan el auxilio necesario. En el otro extremo de la cancha, se encuentran los delanteros, que arremeten incesantemente contra la valla enemiga. En el centro del campo, los mediocampistas se encargan de mantener el equilibrio de su propio equipo, de organizar el juego.

Los jugadores que conforman el equipo de Gimnasia en este gran evento se caracterizan por ser muy jóvenes y no muy conocidos. Estas cualidades sumaron para que a lo largo del campeonato hayan sido elevados a la posición de *héroes míticos*. Desde su origen humilde y desconocido han ido lentamente triunfando sobre las fuerzas del mal. Las crónicas de los días previos a este encuentro final dan cuenta de ello, al decir que este equipo “silenciosamente y con el aporte del semillero juvenil [en referencia a las divisiones inferiores del club] ha logrado la hazaña” (fragmento extraído del diario *El Día*, 25 de junio de 1995).

El director técnico

El grupo de jugadores encuentra, en la figura de su entrenador, al padre, al progenitor. Este rol, fuertemente desarrollado fuera del campo de juego, queda en las márgenes cuando comienza el partido. Desde el costado, aquel lanza sus instrucciones con fuertes gritos que se pierden en la inmensidad de la cancha.

Carlos Timoteo Griguol, director técnico de Gimnasia en este lapso, representa de manera inigualable esa imagen. En una nota publicada en un diario local, se ha dado cuenta de la preocupación del padre por sus hijos, ya que los ha incitado a estudiar y varios de los jugadores aparecieron fotografiados en sus clases. Incluso, la hinchada misma refuerza el atributo patriarcal; en el receso de este último partido, mientras Gimnasia pierde 1 a 0, un hincha grita: “Vaya, Timoteo, y rete bien retado a los muchachos”.

El epílogo

Gimnasia pierde. A medida que el tiempo pasa y no se concreta el gol ansiado, el tiempo mítico va siendo reemplazado por el real. Los nerviosos simpatizantes consultan sus relojes. Los cuerpos van asimilando lo inevitable: la derrota. Lentamente se van enrollando banderas, sacando máscaras. El hombre real histórico va recuperando su forma. Faltan escasos minutos para la finalización y un sordo y sentido aplauso se eleva desde las tribunas. Es la despedida a un sueño no cumplido, y a su vez el homenaje emotivo a los

héroes caídos. Pitada final. En el césped quedan varios jugadores tendidos llorando, otros con su mirada perdida en el vacío. En las gradas, un silencio sobrecogedor, inmovilizante. Resignados por su fatídico destino, los feligreses se retiran a sus moradas comenzando a elaborar el duelo. Por hoy, el subcampeonato no alcanza. Mañana será otro día y se recuperará la categoría de grandeza moral para resignificar la derrota y convertirla en triunfo en algún plano: “La garra del Lobo sigue vigente y ahora más que nunca hay que resaltar la hombría de bien, la entereza y ética profesional de Griguol, de sus dirigidos y de la mitad más uno de la ciudad” (fragmento extraído del diario *Hoy*, publicado el día siguiente del encuentro). Héroes igual. Campeones morales. Triunfo al fin y al cabo. El rito ha cumplido su cometido. El orden ha sido reestablecido. Podéis ir en paz.

A modo de conclusión

Desde aquella observación inicial, el mundo se ha reconfigurado. El siglo **xxi** delimitó una sociedad globalizada, en la que las fronteras tradicionales se diluyeron, redefiniendo otras marcadas por coordenadas de tiempo y espacio diferentes: se habita un mundo donde lo local se inserta en un imaginario de mundialización y el tiempo se torna veloz y cambiante, siguiendo los ritmos de la sociedad de la información y la comunicación.

Consecuentemente, hoy los deportes, y el fútbol en particular para el caso que aquí tratamos, han acompañado esta transformación. Tal como plantea Silvia Capretti:

Y ello ha tenido su correspondencia en el ámbito del sistema deportivo que se ha complejizado, personalizado, espectacularizado y globalizado. No substituido, sino superpuesto y ampliado. Los rasgos que caracterizaban el modelo del deporte moderno por lo que hace referencia a los tipos de deportes, características sociológicas de los practicantes, valores de referencia (competición, récord...), redes asociativas (clubes, federaciones), tipologías organizativas, etc., se han visto descentrados y desplazados por la creciente proliferación de nuevos modelos que han ocupado el espacio deportivo [...]. Al ir desarrollándose el deporte como producto de consumo, ha ido adquiriendo estas características, lo que conduce a que sus practicantes y espectadores sean, en realidad, consumidores. (Capretti, 2011: 240-243)

Podríamos preguntarnos qué lugar ocupa el ritual en las sociedades actuales. Siendo esta categoría tradicionalmente asociada a situaciones de reproducción social, ¿sigue siendo válida como categoría de análisis?

En el contexto actual –de profusión del sentido, dispersión de los signos y complejización en la generación de códigos estables y compartidos–, considero que lo ritual sigue ocupando un lugar que permite, tal como plantean Mary Douglas y Baron Isherwood (1990), seleccionar y fijar –gracias a acuerdos colectivos– los significados que regulan la vida. Los rituales sirven para *contener el curso de los significados*.

Podemos decir que, si bien el fútbol lleva las marcas de la época, estas pueden ser resignificadas en un espacio social que posibilita experimentar el corrimiento de las diferencias estructurales materializado en una comunidad. El ritual –en cuanto concepto– permite abordar un campo simbólico del cual la sociedad hace uso para representar y reconfigurar sentidos, reafirmando o reconstruyendo identidades y valores que se relacionan con la *experimentación* del mundo de diversos grupos sociales.

Bibliografía

- AUGÉ, Marc, *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, Gedisa, 1995.
- CAPRETTI, Silvia, “La cultura en juego. El deporte en la sociedad moderna y postmoderna”. En revista *Trabajo y Sociedad*, Vol. 15, N° 16. Santiago del Estero, Universidad Nacional de Santiago del Estero, 2011, pp. 231-250.
- DAMATTA, Roberto, *Carnavais, malandros e heróis. Para uma sociologia do dilema brasileiro*. Río de Janeiro, Guanabara, 1990.
- DOUGLAS, Mary e ISHERWOOD, Baron, *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. México, Grijalbo-CNCA, 1990.
- LEACH, Edmund, *Cultura y comunicación. La lógica de la conexión de los símbolos*. Madrid, Siglo XXI, 1993.
- SEGALEN, Martine, *Ritos y rituales contemporáneos*. Madrid, Alianza Editorial, 2005.

- TURNER, Victor, *The anthropology of performance*. Nueva York, PAJ Publications, 1986.
- TURNER, Victor, *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Madrid, Taurus, 1988.
- TURNER, Victor, *La selva de los símbolos*. Madrid, Siglo XXI, 1990.
- VAN GENNEP, Arnold, *Los ritos de paso*. Madrid, Taurus, 1986.